

A modo de introducción o prólogo

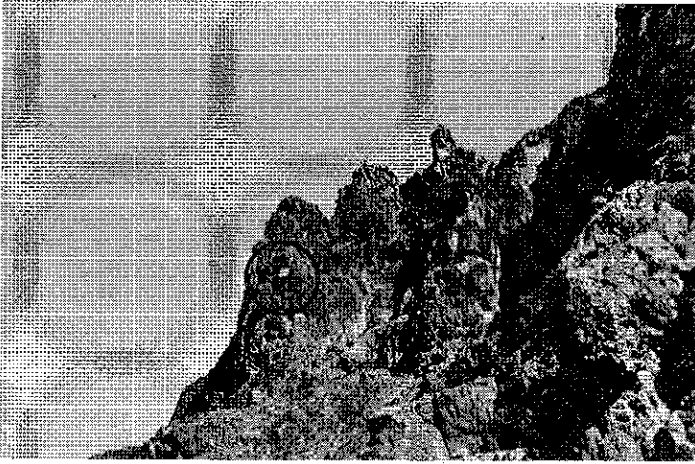
Conocí a Antonio Cano a poco de llegar al Instituto de Aclimatación de Almería en 1957 y antes de un año hicimos nuestra primera excursión invernal al cerro del Almirez, en Sierra Nevada. Luego seguimos haciendo expediciones a Cazorra, las salinas de Cabo de Gata, la Punta del Sabinar o las Marismas, y después de unos años de alejamiento volvimos a reunirnos para el Proyecto Mohor, en el que Antonio siguió hasta su muerte.

Antonio era un hombre emprendedor, metódico, extremadamente inteligente y con una comprensión al mismo tiempo humana y cínica del mundo y sus habitantes que hacía de las charlas junto a la hoguera después de un día de campo agotador una experiencia revitalizadora. Cuando nos conocimos le gustaba la caza y la fotografía, tenía tiempo libre, y sentía atracción hacia lo nuevo y arriesgado, lo que le había llevado al alpinismo, una habilidad que pronto tendría ocasión de demostrar.

a).- La Rambla de Tartala

En efecto: empecé a saber lo que Antonio valía y lo excepcional de su carácter cuando nos propusimos fotografiar al Aguila Perdicera en el barranco de Tartala, y como ha pasado mucho tiempo y aquella historia fué no solo el comienzo de nuestra colaboración en serio sino también el punto de partida de la fotografía animal en España, creo que vale la pena contarla.

Sucedió que gracias a un acuerdo, el Ayuntamiento de Almería entregaba al Instituto todas las rapaces y alimañas presentadas para el cobro de la prima estatuida legalmente. Así llegó a mis manos, entre la colección de Buhos reales, Cernícalos, Lechuzas y otros "dañinos" protegidos por la ley que nos enviaban, el cadáver fresco de un Aguila Perdicera muerta en la rambla: un precioso macho adulto, que estaba indudablemente criando a dos pasos de la ciudad, en realidad tan cerca que la caseta que luego empleamos en la fotografía se veía perfectamente desde algunas terrazas de Almería.



Avisé a Antonio y un par de días después estábamos en la rambla intentando localizar los nidos viejos. Tuvimos la suerte de ver entrar el águila en una repisa del roquedo oriental del barranco, a unos 15 m. de altura, y al cabo de una semana volvimos cargados de cuerdas y subimos al nido, que tenía restos de lagartos y dos preciosos pollos blancos a los que por lo visto se encargaba de cebar la hembra.



Fotos: J.A. Valverde

Una carrera excepcional de fotógrafo animalista comenzó en el mismo instante en que Antonio tomó en sus manos un aguilucho de Aguila Perdicera (*Hieraeus fasciatus*). 14-III-1958.

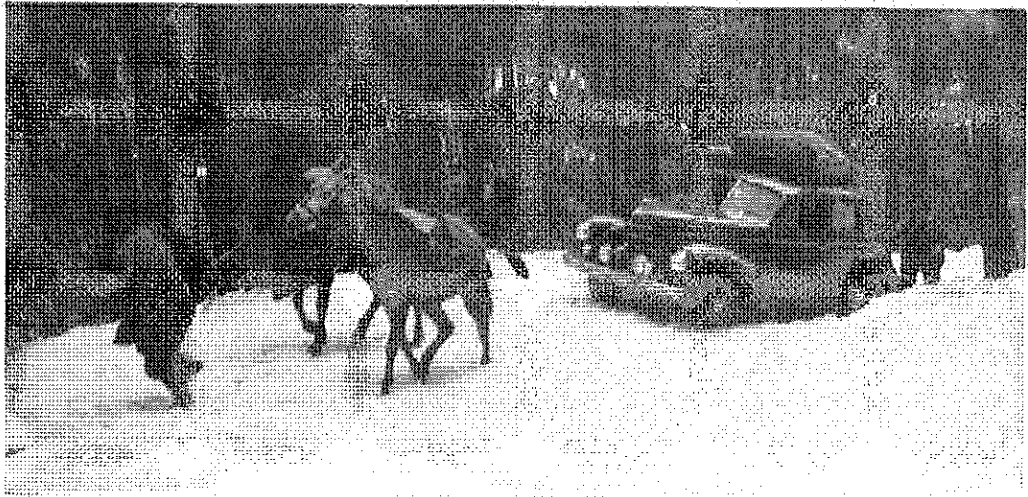
La vista de aquellos pollos nos encantó porque nos brindaban una oportunidad única y un desafío difícil de rechazar. El caso era que el Aguila Perdicera nunca había sido fotografiada en campo hasta entonces, y como el año anterior había yo pasado dos meses en el campo con Eric Hoskings, un excelente fotógrafo animalista inglés, sabía que no era nada difícil conseguir fotos de rapaces en los nidos e incluso había hecho algunas en Doñana. Bastaba poner una casamata de lona -un "hide" como decía Eric- junto a los pollos para fotografiarlos a mansalva.

Para nuestra empresa, inmediatamente aceptada por Antonio, la mayor dificultad estribaba en que la anchura de la repisa del nido era apenas suficiente para mantenerse en ella, por lo que habría que construir una plataforma de madera clavada a la repisa. Antonio propuso que además la colgáramos por el lado exterior mediante unas cuerdas firmemente sujetas con clavijas más arriba, y como la sugerencia era buena, ambos éramos muy aficionados a trepar riscos, y entre los dos disponíamos del material de escalas, cuerdas y clavijas necesario, resolvimos intentarlo. En una semana Doña Pepa hizo el "hide", se hizo la plataforma y el día 21, con la ayuda de Lorenzo García instalamos la tablazón en el roquedo.

Nos preocupaba sobre todo el riesgo de espantar al Aguila, porque había que colocar la tabla necesariamente casi junto a los pollos dado que un saliente de la roca impedía verlos desde un poco más lejos y temíamos que el pájaro se asustara, abandonando el nido. Decidimos pues hacer las cosas despacio, dando tiempo al pájaro para acostumbrarse, y así el primer día nos limitamos a dejar la tablazón en la repisa, apoyada contra la pared. (1)

El 24 la colocamos horizontalmente, cubriéndola con matojos para disfrazarla, - no nos habíamos alejado ni 150 metros cuando tuvimos la satisfacción de ver al Aguila volver a posarse en el nido y cebar a los pollos con un lagarto- y el 29 pusimos al fin la casamata, también cubierta de matojos, quedando en volver el 31 para hacer las fotos.

Sin embargo la impaciencia no le dejó a Antonio cumplir el plazo. En la madrugada del día siguiente se trasconejó en el "hide" y logró dos fotografías espléndidas del adulto con pollos, hechas a poco más de un metro. Yo estaba enfadado por un lado y contento por otro, pero al fin acordamos considerarlas como trabajo conjunto, y presentarlas como tal al concurso del Conseil International de la Chasse, donde se llevaron un premio (2). Conociéndonos ya mejor, empezamos a colaborar en otros temas.



b)- Andando el tiempo.

Al mes siguiente hicimos una excursión a Cazorla a la que se sumaron Doña Pepa y Lorenzo García, ya compañero inseparable de aventuras y en la que nos cayó un impresionante nevazo que nos aisló por unos días en los Veladeros del Chorro. Tenía yo mucho interés en los Quebrantahuesos, de los que conocía por referencia una decena de nidos, pero aunque examinamos parte de ellos y vimos pájaros adultos no logramos localizar ninguno entonces. En el verano volvieron a Cazorla Antonio y Lorenzo, descubrieron un nido, y exponiéndose a romperse la crisma logró Antonio unas fotografías memorables (3) que dieron la vuelta al mundo y que hoy en día aún no han sido mejoradas. Al año siguiente Antonio y Pepita se unieron a la excursión hispano-inglesa de Cazorla, en la que participaban también Eric Hoskings y Parrinder, y juntos también fuimos a la marisma un año después (4). Pepita era una compañera de viaje excepcional, que dejaba la casa llena de críos y se embarcaba en excursiones entre nevazos u olas de calor que agotaban las piedras, moviéndose como pez en el agua entre tiendas de campaña y palacios, o entre serranos y marismeños. Hablaba con los ingleses en andaluz y sorprendentemente se enteraba de todo. Fué una ayuda inapreciable para Antonio y para mí.

*La pasión de Antonio por el orden y el método aparecían donde ponía la mano, lo mismo si era trabajo fotográfico que el de preparación de ejemplares. El descubrimiento de *Algiroides marchi* en Cazorla le hizo interesarse por reptiles, y comenzar una colección de lagartijas soberbiamente preparadas en alcohol tras experimentar técnicas distintas. También experimentó largamente sobre el uso del flash y forma de graduarlo para*

conseguir perfectas fotografías de reptiles y anfibios, apuntando todo cuidadosamente en su cuaderno de notas. Para poder cargar con toda la voluminosa impedimenta fotográfica invento la "cecilia" con la que puede vérsese en muchas fotografías y que era una versión mejorada del chaleco/morral de Cecilio Aldax, un navarro compañero de expediciones a Sierra Nevada. Siempre llevaba en ella, -porque Antonio era un cafetero empedernido- el bote de nescafé con el que se celebraban los éxitos o se mataba el cansancio lo mismo en pleno risco que al abrigo de un socaire. Le gustaba conducir por la izquierda en las curvas sin visibilidad su bien amado "verderón", un Studebaker o algo por el estilo, y probablemente si el tráfico hubiera sido más intenso en aquella época remota -era cuando aún multaba la guardia civil por no tocar la bocina al entrar en las curvas- nuestras carreras hubieran tenido un fin mucho más estruendoso.



Marismas del Guadaluquivir. 28-VII-1958.

c)- El Centro de Rescate de la Fauna Sahariana

*El World Wildlife Fund concedió en 1985 su medalla póstuma a Antonio junto con Indira Gandhi (India), el profesor Bannikov (URSS) y Harold Coolidge (USA) -mencionando al "abogado que empleó los últimos doce años de su vida organizando y fundando la cría en cautividad de especies de gacela en peligro". Se refería a los antílopes Mohor (**Gacella dama nohr**), las Gacelas de montaña (**Gacella cuvieri**) y las Gacelas comunes (**G. dorcas neglecta**) que junto con otros animales saharianos se mantienen en Almería, pero como tan breve nota apenas si recoge datos, voy a resumirles ahora.*

La historia comenzó con la aparición de los coches todo-terreno en el Sahara Español en los años 1960-70, que se tradujo en el exterminio de la gran fauna con una celeridad espectacular. En 1969 el último rebaño de antílopes Mohor que quedaba en el Sahara Occidental, de donde ya había desaparecido del todo en Argelia y Marruecos, y casi completamente de Mauritania, era el que el Comandante Julián Estalayo guardaba en cautividad en Dora. Proteger ese rebaño era la última posibilidad de asegurar el futuro de la especie o al menos de las formas occidentales y más primitivas, y la única manera de hacerlo era traer el rebaño a la Península.

Un sitio excelente, el mejor para su aclimatación aquí, era la Hoya, finca del CSIC, Instituto de Aclimatación de Almería, situada junto a la Alcazaba entre un espectacular escenario de palmeras y muros torreados. Su director, D. Manuel Mendizabal, estaba dispuesto a acogerlas: ADENA, presidida entonces por D. Juan Carlos, que tomó verdadero interés, pagaría los gastos; la Facultad de Veterinaria de Córdoba haría los estudios sanitarios: ICONA cedería los cajones de envío y el Ministerio del Aire, representado por el Tte. Coronel Martín Sanz, transportaría los animales. Para enmarcar el conjunto había que crear un organismo especial, el Centro de Rescate de la Fauna Sahariana, dependiente del I. de Aclimatación.

Era un programa de no difícil organización.... siempre y cuando hubiera una persona capacitada para hacerse cargo de los animales una vez llegaran a la Hoya, y que transformara luego el rebañito que traeríamos del Sahara en un núcleo de cría capaz de asegurar la supervivencia de la especie. Yo solo conocía dos hombres capacitados para asumir esa responsabilidad y uno de ellas era Antonio.

Sin embargo cuando se lo propuse no parecía muy decidido a hacerse cargo de las gacelas, alegando que su única experiencia de cria de animales se reducía a la de ovejas. Afortunadamente hay coasa que se venden solas, y como los antílopes son una de ellas, le pasé unas fotos del rebaño en Dora a cuya vista Antonio dijo sí y la Operación Mohor, hasta entonces retenida, se puso en marcha.

A Juan Mena de la Cruz, Gobernador entonces de Almería, le tocó abrir a media noche del 14 de enero de 1970 las cajas en las que venía el primer cargamento de antílopes y gacelas -una parte se dejó en el Aium para no llevar todos los huevos en el mismo cesto- y en la mañana del 15 Antonio se hizo cargo de su arca de Noé particular, en especial del viejo macho Mohor y las cuatro hembras del primer lote, que fueron luego completadas con dos hembras más, Coca y Cola, -adivinen quien las pagó- y posteriormente, ante la amenaza de la Marcha Verde, con el rebaño que se conservaba en El Aium.

El trabajo que en los años siguientes realizó Antonio con las gacelas no puede resumirse. Había que aprender los misterios de la biología reproductiva y social de los animales, muy dados a matarse entre sí; inventar técnicas de captura y control; separar los lotes de reproductores; hacer los nuevos cercados necesarios para una población que crecía sin cesar gracias a los grandes éxitos que de inmediato obtuvo: buscar alimentación adecuada, e incluso transformar en cultivos parte de la finca para dar de comer a los animales. Antonio hizo todo esto con ayuda oficial o sin ella, adelantando él mismo los fondos necesarios. Fué casi un milagro, solo posible gracias a la dedicación absoluta de un hombre cuyas excepcionales cualidades volvieron entonces a hacerse patentes; trabajador metódico e incansable; organizador inteligente e ingenioso, observador pacienzudo y sobre todo un hombre con carisma, que lograba sacar de los demás lo mejor que tenían y aprovechar y dignificar la actividad de todos. Así creó y mantuvo durante muchos años un núcleo de personal cuyo único objetivo era el bienestar de las gacelas y antílopes. Una buena ayuda fue su hija Mar y sobre todo Ramón Escamilla "el gacelero", que tenía un extraordinario conocimiento de las cabras y fué fichaje de Mendizabal.

Desarrollando esta actividad, que a veces requería un caracter duro y podía serlo como el pedernal- Antonio ocultaba su lado sensible que yo creo que volcó en las gacelas porque como hombre estaba de vuelta de casi todo. Nada le hacía más feliz que oír al visitante que los animales parecían felices,

y él se desvía por lograrlo. El primer macho almeriense eligió para nacer una noche de lluvia torrencial, y Antonio se empapó ayudando a venir al mundo al recental, al que bautizó "Mojado" y que como favorito suyo llegó a ser luego el sultán del rebaño. Pero cuando el viejo macho venido del Sahara quedó fuera de servicio por la edad, le asignó un buen cercado y las hembras infértiles de su harén para asegurarle un final digno.

Me consta que para Antonio la Hoya y las gacelas fueron durante mucho tiempo una parte esencial de su existencia. Disfrutaba de aquellas mañanas soleadas entre animales que competían en esbeltez con las palmeras, del valle risueño y extrañamente tranquilo al lado de una Almería trepidante, y del continuo quehacer de la crianza. Muchos ratos hemos echado juntos, observando los antílopes y el valle, comparando los cercados llenos de animales lustrosos con aquel puñado que vino de Dora y pensando en el Sahara extrañamente vacío que un día tendrían que repoblar. Hacíamos planes sobre cómo habría de acondicionarse la finca y el valle, adquiriendo el montículo del NE donde deberían ir los Arruits, abriendo el extremo sur a los jardines de la ciudad y trasladando la monumental estatua que roba carácter a la Alcazaba, a un cerro más alejado.

La última vez que le ví me sorprendió: "Te voy a pedir algo y no me puedes decir que no". Quería una piedra en la que un cazador paleolítico del Sahara grabó un antílope Mohor, y la quería para su propia lápida -la única vez en la vida que le oí tocar un tema morboso. Como no fui capaz de encontrarla entonces, la tengo aquí, mientras escribo, esperando el destino que se dé a los rebaños de antílopes que Antonio más que ningún otro contribuyó a salvar.

Me gustaría colocar esa piedra a su memoria en la Hoya y en medio de sus animales, pero mucho me temo que no pueda ir allí. Dicen que algunas autoridades han propuesto llevarse las gacelas y poner en su lugar jardines y algún edificio funcional, porque al parecer no encuentran forma de compaginar las necesidades de tránsito por detrás de la Alcazaba con el mantenimiento del silencio, la belleza y la autenticidad de ese valle cargado de historia, tan único que probablemente no haya en todo el mediterráneo otro semejante. Personalmente estimo que sería una pena que esto sucediera, porque lo que habría que hacer con la Hoya es ampliarla mejorandola, añadiendo los terrenos que hacen viso en su entorno y echando las carreteras por detrás de las cimas. Aunque para esto, quizá hubiera que llamar a alguno



Antonio Cano y J.A. Valverde en el Parque de Rescate.

de esos urbanistas norteafricanos con exquisita sensibilidad hacia el paisaje, y buscar apoyo económico en los países árabes. Al fin y al cabo ellos hicieron la Alcazaba y para tierras árabes se crían los antílopes.

José A. Valverde

Bibliografía.

- (1).- Cano A y Parrinder, E.R., 1961 - *Studies on less familiar birds: 115 - Bonelli's Eagle - British Birds*, 54:422-427.
- (2) Sommer, J., 1970 - *A jamais vivants, Tome II - Amiot-Duval Ed.*
- (3) Ferguson-Lees, I.J., 1960 - *Studies on less familiar birds: 102-Lammergeier. - British Birds*, 53:25-29.
- (4) *Ardeola* 1960 - Vol 6:lam. X-XII.